

Centenarios para debatir y reflexionar*

Ernesto Gómez de la Hera

Associació Catalana d'Investigacions Marxistes

Estos cuatro libros son el producto de las jornadas organizadas, entre diciembre del 2015 y noviembre del 2017 para conmemorar el centenario de unos hechos protagonizados por personas que, antes de 1917, apenas podían ser unas pequeñas notas a pie de página en los libros de historia y se convirtieron, en unos días que estremecieron al mundo, en dirigentes de masas multitudinarias y estuvieron a punto de hacer cambiar de base todo nuestro planeta.

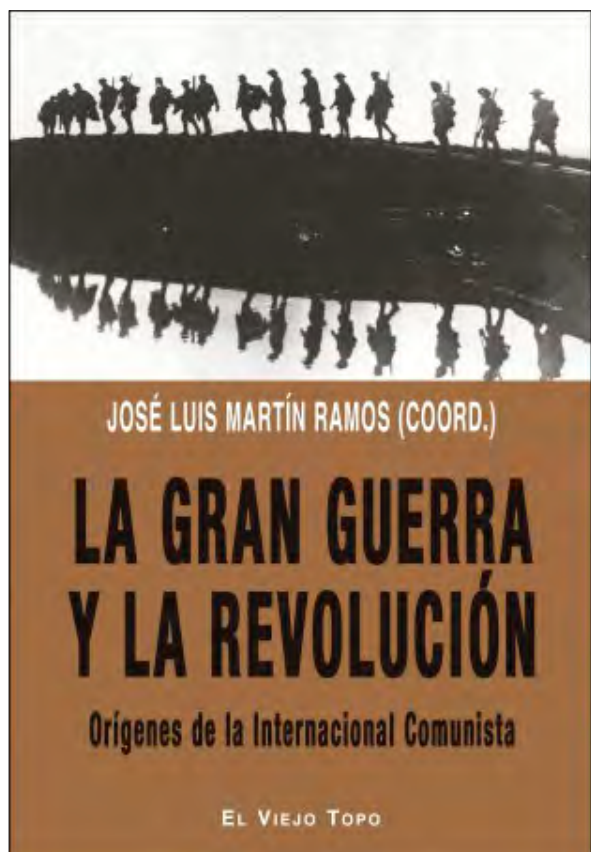
Convocados por la Asociación Catalana de Investigaciones Marxistas (ligada al PSUCviu), Fil Roig, Espai Marx y la editorial El Viejo Topo, veinte estudiosos (Antoni Lucchetti Farré, Anna Sallés Bonastre, Adrià Llacuna, Soledad Bengoechea, Steven Forti, Giaime Pala, Jordi Torrent, José Gutierrez-Álvarez, Xosé Manuel Carril Vázquez, Manel López Esteve, Joaquim Sempere, Carlos Taibo, Isabel Benítez, Francisco Erice, Raul Valls, Guglielmo Carchedi, más los cuatro editores de los libros) compartieron y debatieron con un numeroso público sus conocimientos sobre la materia, así como sus

*Reseña conjunta de: Alejandro Andreassi (coord.), *Crisis y revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa (1914-1921)*, El Viejo Topo, 2017; Joan Tafalla (ed.), *La revolución rusa de 1917 y el Estado. Del consejo de comisarios del pueblo a la NEP (1917-1921)*, El Viejo Topo, 2018; Ramón Franquesa (ed.), *Hablemos de imperialismo hoy*, El Viejo Topo, 2018; y José Luis Martín Ramos (coord.), *La Gran Guerra y la Revolución. Orígenes de la Internacional Comunista*, El Viejo Topo, 2019.



lecciones para el presente. Ahora, gracias a El Viejo Topo, todo ello está a la disposición de un público mucho más amplio.

Cada uno de los libros editados reproduce, con las correcciones introducidas por los autores, las ponencias correspondientes a cada una de las sesiones celebradas. La primera sobre el primer intento, Zimmerwald, de los socialistas no colaboracionistas para retomar los contactos rotos por



la guerra. La segunda sobre el concepto de Imperialismo, desde que fue acuñado hasta ahora. La tercera acerca de la Revolución de Febrero y las otras crisis políticas europeas desencadenadas en los años de la guerra. La cuarta, lógicamente, se refiere a la única que desembocó en una revolución social y a los primeros años del Estado nacido de ella.

Las posiciones de los autores, cuya trayectoria se explica al final de cada libro, son diferentes, como diferente es su aproximación al tema e, incluso, la atención que le han venido prestando a lo largo de sus estudios. Todo ello hace que, como suele suceder en este tipo de libros, no todos los artículos tengan el mismo nivel e interés. Sin embargo todos suscitan las ganas de pensar y de profundizar más en el tema. Y esto es suficiente para justificar la publicación y la lectura de estos libros, pues se trata de un tema que no se ha acabado y que sigue marcando profundamente nuestra contemporaneidad, como lo demuestra, pese a la

actual debilidad de sus epígonos, la continua ola de odio que, a la menor ocasión, los voceros de todas las oligarquías del planeta agitan contra la Revolución Soviética.

Pasando a lo concreto comentaremos algunas de las reflexiones que se nos ofrecen, por supuesto teniendo en cuenta que otros lectores puedan tener otras, o discrepar de estas. Pero esto es lo bueno del caso: estos cuatro libros y sus autores no pretenden agotar la cuestión, sólo pretenden ayudar a un debate que, cien años después, continúa siendo vital para el porvenir de los humildes.

Los análisis sobre el Imperialismo siguen de cerca la obra de Lenin y su validez presente, pero dedican un amplio espacio a cuestionar lo que sobre la materia dijeron, hace ya unos años, Toni Negri y Michael Hardt, algo que hoy (y más con la emergencia sanitaria) está ya bastante desacreditado. Guglielmo Carchedi desmonta lo que, en realidad, es un paradigma de la ideología como falsa conciencia y contextualiza cómo la debilidad de la tasa de ganancia es el talón de Aquiles del capitalismo.

Los textos referidos a las crisis políticas surgidas en otros países europeos, en torno a 1917, son muy desiguales. Por una parte tenemos el del profesor Martín Ramos referido a España, donde no sabemos que admirar más ¿la certera valoración de lo que era aquel régimen decadente, hecha en tan pocas líneas? ¿el análisis exactísimo de las verdaderas intenciones de todas las fuerzas en liza? ¿la desoladora conclusión de la total falta de mimbres para que hubiera una ruptura democrática, a falta de una revolución política y social? Algunos otros se ciñen demasiado a algún aspecto puntual, o se centran en algún personaje concreto, perdiendo así la oportunidad de captar todas las facetas de una realidad tan convulsa y marcada por el desarrollo de la guerra mundial. En lo tocante a Alemania

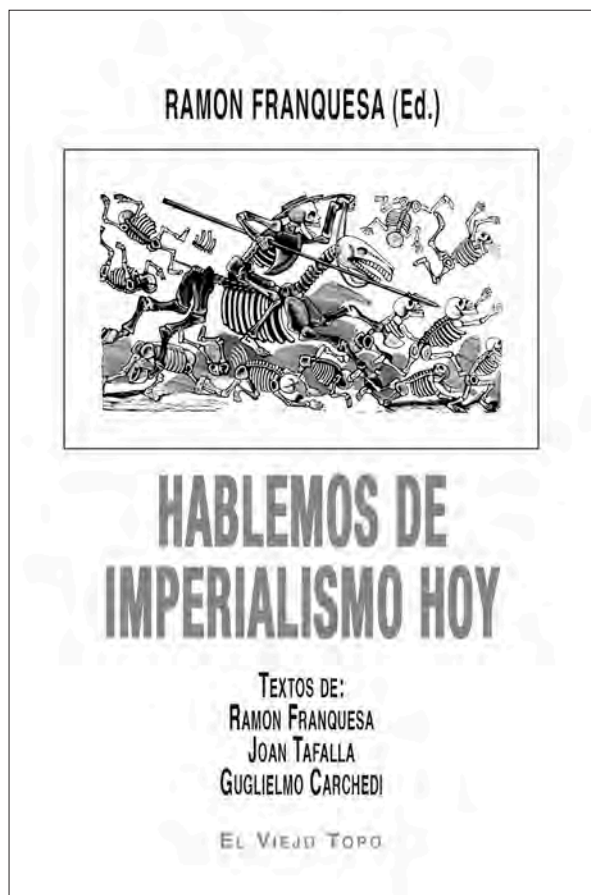
se hecha en falta una mejor valoración de lo que supuso el que durante los últimos meses de existencia del II Reich, este y la Rusia Soviética mantuvieran relaciones diplomáticas. Esto, aparte de otras cosas, significó que el SPD tuviera muchísima mejor información sobre lo que realmente sucedía en Rusia (información que, vía prensa, también le llegaba a Rosa Luxemburg a la cárcel). Naturalmente lo que pensó Rosa Luxemburg sobre ello (publicado años después por Paul Levi) es aún muy usado, tanto a favor como en contra. Sin embargo no se suele parar mientes en las conclusiones que sacó el SPD, conclusiones totalmente antirrevolucionarias (aquello de la época de «querer, más que la revolución, un seguro para la revolución») y que fueron las que marcaron toda su política posterior, inicialmente en el invierno de 1919 y luego en los años pardos de ascenso del NSDAP. Es verdad que el paso de la mayoría del USPD, en Halle, al KPD hizo de este un partido de masas que podía competir con el SPD. Pero la escisión política del socialismo alemán, además de llegar tarde, nunca alcanzó a los sindicatos que siempre respaldaron sin fisuras al SPD.

El nacimiento de la Internacional Comunista es narrado con precisión y brevedad, incluidos todos sus antecedentes. Se distingue perfectamente la diversa naturaleza del I Congreso (mera fundación) y del II (la verdadera organización, aunque no se profundiza en la cuestión trascendental de los 21 puntos y la cesión de Lenin ante una redacción que iba más allá de lo que él deseaba). No obstante falta aquí el estudio de un aspecto fundamental de la IC. Esta fue la primera organización auténticamente mundial, no por sus proclamas, sino por haber conseguido llegar realmente a movilizar organizadamente a las masas extra-europeas. Hubiera estado bien dedicar algún espacio al famoso debate entre



las tesis de Lenin y las de M.N. Roy y como estas últimas fueron también incorporadas. Por más que nunca se aplicaran a la revolución China en 1925-27, aunque el propio Roy estaba sobre el terreno, si bien ya en camino hacia su definitivo alejamiento del comunismo.

Por lo que respecta a los primeros pasos de la Rusia Soviética, los autores subrayan con acierto el aspecto campesino de la revolución, natural en un país masivamente campesino y en el que fueron estos, encuadrados en el Ejército Rojo, quienes ganaron la guerra civil. Casi ningún socialista había sido capaz de ver esto, aunque la carta a Vera Zasúlich y el prólogo de 1882 a la edición rusa de *El Manifiesto Comunista* muestran que hubo uno que sí lo percibía. Igual que lo percibió Lenin desde sus «Dos Tácticas» en 1905 y de aquí su empeño permanente en defender la alianza obrero-campesina. A la ruptura de esta alianza se dedica el brevísimo artículo de Joaquim



Sempere, aunque quizá peque de «petrificar» las posiciones de Trotski, quien (por más que esta sea una opinión particular) jamás hubiera lanzado una «Tercera Revolución» como la que se lanzó en 1929. Del mismo modo que Bujarin no era un representante de una imposible fracción campesina, aunque pudiera sospecharse esto por su famoso: «Enriqueceos» (la cucharada de alquitrán en el barril de miel, según arguyó Stalin en su defensa).

Dados los tiempos que corren, pues obviamente cada tiempo y lugar ve distintos puntos de contemporaneidad en la Historia, no es extraño que se dediquen dos interesantes capítulos a la destrucción territorial del imperio zarista y su casi total restauración posterior en la URSS. El primero de esos capítulos trata de hacer entrar la conducta bolchevique por un cauce prefijado por la doctrina leninista. Pero la

realidad es que esa «doctrina» se construyó a través de los avatares de la época. Lenin no pensaba más que dos cosas sobre el asunto: cómo podían usarse las tensiones nacionalistas en provecho de la causa proletaria y como los partidos obreros debían oponerse con rotundidad a cualquier opresión existente, lo que incluía, claro está, a las basadas en la pertenencia identitaria. Por eso sus referencias en la Europa Occidental no pasaron nunca de defender a Irlanda (como, tras algunas dudas iniciales, hizo siempre Marx) y de aplicar a la Bélgica ocupada (no a valones o flamencos) el derecho de autodeterminación. En cuanto a lo que pasó en el imperio zarista, todas las «independencias» fueron el resultado de la sustitución de las tropas rusas por las alemanas. Cuando estas se fueron, en el otoño de 1918, sólo habían aniquilado a los revolucionarios en Finlandia, los países bálticos y Polonia. En los demás lugares las pequeñas élites periféricas, activadas por la caída del zarismo, fueron barridas por los «blancos», lo que dejó el campo abierto a la solución de la URSS, cuando el Ejército Rojo venció. El segundo capítulo sobre este asunto permite contemplar claramente esta realidad aplicada a la Georgia menchevique. Un estado satélite de las fuerzas británicas en el Cáucaso, que se desmoronó cuando estas, seguramente forzadas por lo que estaba sucediendo en Turquía (el único estado que consiguió romper el tratado que le aplicaron los vencedores de la guerra mundial y sustituirlo por otro más equitativo), abandonaron sus posiciones. Lenin se limitó a ordenar al Ejército Rojo que ocupara este vacío. Por lo que hace a lo sucedido al año siguiente, todos los bolcheviques que intervinieron en él eran georgianos y la intervención de Lenin, el único ruso que actuó, se limitó a defender el segundo principio (la oposición a toda opresión) del que hablamos antes.

Lógicamente no podía faltar tampoco la voz de quienes, desde posiciones anticapitalistas, tratan de responder a la pregunta de (perdón por la paráfrasis) ¿cuando se jodió la Revolución? El más destacado, por su rigor y coherencia intelectuales, es Carlos Taibo, quien afirma que eso ya estaba inserto en la propia matriz del bolchevismo. Y no cabe duda de que muchas de las opciones tomadas en aquellos turbulentos años nacían de una anterior toma de partido. Lo que ocurre es que esta toma de partido, de Lenin y sus correligionarios, pasaba por el convencimiento de que la revolución era imprescindible y sus daños, que no se les ocultaban, eran inferiores al daño permanente que suponía para muchísima más gente la continuidad de lo existente. Este convencimiento moral es, o debería ser, la base de la actuación de todos los revolucionarios verdaderos. Los bolcheviques sabían que, más allá de las proclamas, tenían que construir una sociedad que funcionara para millones de personas y no parece que sus oponentes de izquierdas fueran muy conscientes de esto. Por poner un ejemplo, basta leer los avatares literarios de Grigori Mélejev para comprender la imposibilidad de que la «majnóvshina» resolviera ese desafío. Quizá por esto la mayoría de esos oponentes acabaron en las filas bolcheviques. Salvo los pocos que hicieron el viaje contrario hacia la reacción. O el caso, triste en lo personal, de Márto, amigo de Lenin, que siempre había sido más periodista que dirigente político y que nunca traicionó sus convicciones socialistas no bolcheviques, pero que se quedó sin campo de juego. Por lo demás la dureza de las decisiones bolcheviques se atemperó siempre a la oposición encontrada, desde las lágrimas de Kollontai ante el vacío que le hicieron al hacerse cargo de su Comisariado a las medidas militares frente a quienes lanzaron la guerra civil. Y sólo quienes se colocaron abier-

tamente contra el poder soviético fueron ilegalizados, como los SR de izquierda tras su intento de golpe de estado en el verano de 1918, lo que no impidió que el dirigente chequista Blumkin (el asesino directo del embajador del kaiser en Moscú) fuera más tarde perdonado y siguiera su carrera en la OGPU, aunque solamente hasta que su encuentro con Trotski en Büyükada hizo que Stalin ordenara su fusilamiento.

Naturalmente también están quienes tratan de descubrir el descarrilamiento revolucionario en acontecimientos posteriores. A veces tan posteriores como lo de hablar de la «inhibición soviética» en la defensa del pueblo de Vietnam. Por más que esto nos deje en la ignorancia de conocer con qué armas antiaéreas se derribaba a los B-52 o cuál era el motivo de que los gringos minaran el puerto de Hai Phong. Lo curioso es que estos razonamientos intentan obviar que una de las principales críticas iniciales al bolchevismo, y una que se demostró muy certera con el paso de los años, figura en el Informe de la Delegación Siberiana: el análisis de Trotski sobre el II Congreso del POSDR. Puede que la razón sea que mencionar eso obligaría a explicar muchas cosas sobre la trayectoria política de Trotski y por ello es más fácil recurrir a Rosa Luxemburg, ya que su asesinato le impidió profundizar, como sin duda hubiera hecho, en sus valoraciones sobre la Rusia Soviética.

Para finalizar esta reseña nada nos parece mejor que referirnos a la brevísima aportación de Antoni Luchetti a la faceta cultural de la revolución. El obsequio que nos hace de un fragmento del «Lenin» de Mayakovski permite entender lo que suponía la revolución mejor que muchos argumentos. Y debería azuzarnos para conocer más a Mayakovski, tal vez empezando por esa pequeña joya que es su poema al pasaporte soviético.